

Osnovski quiso absolutamente ver á la enferma. Permaneció á su lado dos largas horas y, según su costumbre, habló un poco de todo, pasando de un asunto á otro sin orden ni concierto.

—No puedo sacarme á Zavilovski de la cabeza, —dijo al fin antes de marcharse:—¿querrá usted creer que Jozio empieza á tener celos de él? ¡Pobre Jozio! Estoy convencida de que Lineta y él han nacido el uno para la otra: entendámonos, no Lineta y Jozio, sino ella y Zavilovski. Tú no conoces á Lineta, esta muchacha no se aviene con un estúpido. Así por ejemplo, no se casaría jamás con un Kopovski, aún cuando tenga cara de querubín. No he visto en mi vida cabeza tan idealmente bella; en Italia tal vez habré visto un cuadro con una figura tan admirable. Pero ¿sabes que me dice Lineta de él? *C'est un imbécile*. ¡Qué felicidad si empezaran por conocerse y acabaran por casarse! Naturalmente, me refiero á Lineta y á Zavilovski. ¿Qué pareja harían? Un matrimonio joven y por amor es la cosa más hermosa de este mundo. Confío que no te habré cansado demasiado con mi charla. ¡Es tan agradable comunicar nuestras ideas y nuestras esperanzas á una persona amiga!

Cuando Polaniecki volvió á su casa, Marina le contó sonriéndose los proyectos de su nueva é íntima amiga.

—En el fondo,—añadió;—tiene buen corazón, y por esto me gusta; ¡pero cuán exaltada es, y que ideas tan extrañas le bullen en el cerebro!

—Es loca, no exaltada,—exclamó Polaniecki;—y eso es muy diferente. La exaltación va generalmente acompañada de un buen corazón, pero en

ella, por el contrario, la cabeza arde y el corazón está helado.

—Viendo estoy que no puedes sufrir á la señora Osnovski,—observó Marina.

Polaniecki, aún cuando reconocía la exactitud de esta observación, no contestó; pero en cambio contempló sorprendido á su esposa, que en aquel momento le parecía más hermosa de lo que solía serlo. Su graciosa carita se destacaba como una flor de entre de sus negros y espesos cabellos. Sus ojos profundamente azules tenían un brillo desusado, y á través de sus labios entreabiertos brillaban como perlas sus blancos dienteitos.

—¡Qué hermosa eres!—exclamó Polaniecki con acento de íntima convicción.

E inclinándose rápidamente sobre ella, la besó entusiasmado en los ojos y en la boca.

## XL

Ocho días después, Marina había recobrado sus fuerzas, y pudo visitar á la familia Bigiel que había vuelto ya á su residencia de verano. Zavilovski les acompañaba, llevando consigo gigantescos cometas que trataba de hacer volar junto con Polaniecki y los niños,

Mientras estaban á la mesa Marina habló de los Osnovski, de la señorita Castelli y del interés que el había despertado entre ellas.

El joven poeta la escuchó tranquilamente y luego dijo:

—Bueno es saberlo. Por nada del mundo les haría una visita.

—¿Y si yo se lo pidiera á usted?

Zavilovski se puso colorado. Pero Marina le miró de una manera especial, como si quisiera decir que se extrañaba de que le pudiera rehusar algo.

—Sí iré...—contestó titubeando.

—Entonces, obedézcame usted y vaya á hacerles una visita,—dijo riéndose Marina.—En cuánto haya usted visto á la señorita Castelli, estoy segura de que se enamorará usted locamente de ella.

—¡Yo señora!—exclamó Zavilovski poniéndose una mano en el corazón.—¿Enamorarme yo de la señorita Castelli?

Esta involuntaria exclamación quería decir muchas cosas, y los dos quedaron perplejos.

Al anochecer regresaron á Varsovia. En la mente de Marina se reprodujo con viveza aquella noche iluminada por la luna en que ella, su padre, Emilia Litka y Polaniecki habían hecho este mismo camino, y recordó el semblante melancólico de Stach, desgraciada por la frialdad con que se le trataba. ¡Que diferencia entre entonces y ahora! Su Stach fumaba tranquilamente, sentado al lado de ella.

—¿En que piensas, Stach?—preguntó Marina después de un prolongado silencio.

—En varios asuntos de que me ha hablado Bigiel,—respondió Polaniecki sacudiendo la ceniza de su cigarro.

El joven poeta miró á Marina y pensó que, si él hubiera tenido una mujer semejante, en aquel momento ni habría fumado ni habría pensado en negocios, sino que por el contrario se habría arrojado á sus piés para adorarla.

Al día siguiente Zavilovski entregó á su principal, mientras este se hallaba en la oficina, un pedazo de papel recortado de un periódico en el cual estaba impresa su poesía *Montañas de nieve*. Polaniecki se la leyó á su mujer durante la comida, y cuando hubo terminado su lectura le dijo:

—Zavilovski me pide que te diga que quiere hacer imprimir todas sus poesías coleccionadas en un tomo, y que te las quiere dedicar.

—¡Cómo!—exclamó Marina.—Este honor se lo tiene que reservar á la señorita Lineta.

—Es verdad. Mañana es el día fijado para la entrevista de los dos jóvenes. Eso es querer encargarse del papel de Providencia en la vida del poeta.

—¿Y por qué no? Al principio, el proyecto de Anetka me sorprendió; pero ahora la hallo muy acertada.

En efecto, al día siguiente los esposos Osnovski, la señora Bronicz y la señorita Castelli, llegaban á las cinco en punto, á casa de los señores Polaniecki. Zavilovski había llegado antes, para no tener que verse luego obligado á entrar en el salón, atrayendo las miradas de todos. Sin embargo se mostraba igualmente tímido y bastante perplejo, sin saber que hacer de sus largas piernas, ni donde tener puestas las manos; á pesar de lo cual, veíase desde luego que era una persona distinguida.

Así empieza la primera escena de la comedia social.

—¿Y bien, le gusta á usted la señorita Castelli?—preguntó Marina á Zavilovski, cuando se hubieron marchado todos.

El interrogado permaneció unos instantes pensativo y luego contestó:

—Encuentro que aquellas señoras son muy fantásticas y tienen suma facilidad en hacer gestos.

—Es verdad, pero Lineta es muy interesante.

—¡Bah!—dijo Polaniecki tomando la palabra:— el interés que puede despertar en un hombre, no puede ser de mucha duración; pronto debe verse sustituido por el aburrimiento.

—Estás en un error,—le contestó Marina con viveza.—Lineta no aburrirá jamás. Únicamente los temperamentos sencillos, cortados á la antigua y que no saben hacer más que amar, llegan á aburrir con el tiempo.

Zavilovski la miró sorprendido. Parecíale que aquellas palabras encerraban un secreto pesar.

—¿Está fatigada?—le preguntó.

—Un poco,—contestó ella volviendo á sonreirse.

El joven y sencillo corazón del poeta rebotaba de compasión hacia ella. Era indudable que la atormentaba una secreta pesadumbre. ¿Qué valía la señora Osnovski, qué valía la señorita Castelli comparada con aquella dulce y hechicera señora? Desde los primeros momentos la había comparado á un lirio, y en un lirio estuvo soñando toda la noche.

—¿Ha podido usted dormir?—le preguntó Polaniecki, al día siguiente, mientras entraba en el despacho.—De seguro que habrá usted soñado en su joven y linda musa.

—No,—contestó Zavilovski poniéndose colorado.

—Consuélese usted,—repuso Polaniecki;— todo pasará para usted, como ha pasado para mí.

Entre tanto Marina trataba de convencerse á sí misma de que no tenía motivo alguno para quejarse de su marido, puesto que entre ellos no había ocurrido ni la más insignificante contienda. Esto no obstante, entreveía que la felicidad que había soñado no se había realizado, y que la vida actual, era muy distinta de cuando era novio. ¿Que le faltaba? ¿En que se había engañado al juzgar á Polaniecki? Todo esto se preguntaba sin lograr darse una respuesta satisfactoria. Stach era amable, respetuoso con ella, se mostraba generoso y solícito por su salud, pero sentía que en él había un no sé qué, que la privaba de ser completamente dichosa. Después de la divina y solemne fiesta del amor, solo con gran trabajo se había acomodado ella á la vida prosaica de todos los días, mientras que su marido, inmediatamente después había vuelto con indiferencia suma á sus habituales ocupaciones. Instintivamente comprendía que ella pertenecía más á su marido, que éste á ella. Se había entregado á él toda entera, y en compensación no había recibido más que lo poco que él se dignaba concederla.

Polaniecki ni remotamente habría podido imaginar que su esposa pudiera suponer que la tenía descuidada. El exteriorizaba sus sentimientos hacia ella con mucho menos calor que antes, pero esto ¿no era natural? La posesión enfría, y con ella se recobra la tranquilidad y la razón.

Sin embargo, Marina no podía encontrar la cosa tan natural. ¿Por qué había de ser tan indiferente su Stach mientras Svirski, Bigiel Zavilovski, y el mismo Osnovski la tributaban tanta admiración?

¿Por qué no había encontrado en el matrimonio la felicidad que había esperado encontrar en él? Para ella esta pregunta no tenía más que una respuesta. No me ama como me tendría que amar, y no sabe apreciarme como me aprecian los demás.

Cierto día Marina estaba sentada junto á una ventana, abismada en estos pensamientos, cuando se abrió la puerta y apareció ante sus ojos el velo blanco y el vestido gris de una Hermana de la Caridad.

—¡Emilia!—exclamó Marina levantándose llena de alegría.

—Sí, soy yo,—contestó la Hermana.—Hoy estoy libre, ¿cómo estás? ¿Dónde está el señor Estanislao?

—Stach ha ido á casa de Masko, y puede estar de vuelta de un momento á otro. ¡Cuánto se alegraría de volverte á ver! Siéntate que estarás cansada.

—Me gustaría mucho poder veros más amenudo,—dijo Emilia sentándose;—pero un día de libertad es para mí una rareza. He ido á encontrar á Litka. Todo está verde y florido sobre su tumba, y los pajarillos cantan alrededor de ella.

—El otro día estuvimos también nosotros. ¡Si á lo menos Stach volviese pronto!

—También me gustaría volverle á ver. Tiene algunas cartas de Litka, que se las presté y que deseo volver á tener. Pero el domingo próximo puedo volver, y entonces las retiraré.

La señora Emilia, que ya no era sino una sombra de lo que había sido, hablaba ahora tranquilamente de Litka. Sus pensamientos no estaban ocu-

pados ya solamente por su propia desgracia como Hermana de la Caridad, había aprendido á considerar los dolores y las alegrías de los demás. Su tranquilidad podía ser también un efecto de la íntima persuasión de que iría pronto á reunirse con su hija adorada.

—¡Qué bonito y cómodo y es vuestro alojamiento,—dijo después de un breve silencio.—Al pensar en las paredes blancas y desnudas de nuestras celdas, pareceme que me hallo en un palacio encantado. ¿Recibís muchas visitas?

—No,—respondió Marina,—fuera de la señora Bigiel, solo recibimos á los señores Masko y á los Osnovski.

—A esa señora la he conocido de soltera. Sé que se quería casar con el Hopovski, pero que su padre se opuso. Lloró mucho, pero parece que se ha consolado. Por lo demás, se puede tener por dichosa de haberse casado con su marido actual, aún cuando no lo sabe apreciar. La felicidad es una cosa muy extraña. Para conocerla, es preciso haberla perdido. ¿Sabes en que pienso á veces? Que la felicidad se puede comparar á los ojos: un solo grano de arena que se meta en ellos hace brotar las lágrimas.

Marina sonrió con tristeza y respondió:

—Es verdad.

A esta respuesta siguió un breve silencio. Emilia miró atentamente á su amiga, y luego, poniendo su mano encima de la de Marina, le dijo con dulzura:

—Y tú, ¿eres feliz?

La joven esposa sintió que las lágrimas le anudaban la garganta, pero haciendo un gran esfuerzo,

rechazó las lágrimas, y contestó con voz apenas perceptible.

—Me basta con que lo sea Stach.

—¿Por que no lo ha de ser? Litka ruega por vosotros. Solamente no me explico el porque tienes ese aire tan melancólico. Sé cuán desgraciada fué por culpa tuya antes de hacerte su esposa. Fuiste muy mala y cruel con él, y esto deja siempre en el corazón una espina que punza durante toda la vida.

Por el rostro de Marina cruzó una especie de relámpago.

—¡Emilia, Emilia!—exclamó:—tus palabras son las de un sabio.

—Yo,—respondió Emilia, que ahora se llamaba sor Angela;—yo soy extranjera en el mundo. Sin embargo, de una sola cosa estoy segura de que Litka ruega por vuestra felicidad, y de que Dios la escuchará porque sois dignos de ella.

Mientras pronunciaba estas palabras, se había levantado para marcharse. Marina trató en vano de detenerla.

Después de haber acompañado á su amiga hasta la alta escalera, volvió á ocupar su sitio de antes y se puso á pensar de nuevo.

Creía haber hallado la clave del enigma, que la tenía intranquila desde tan largo tiempo. Si en el matrimonio no había encontrado la felicidad soñada á ella misma lo debía; había sido cruel con Polaniecki, no se había dejado conmover por sus miradas suplicantes, y ahora ella tenía que sufrir la pena. Nuevamente estaban á punto de saltársele las lágrimas; pero Stach podía llegar en aquel mo-

mento y no debía encontrarla con los ojos encarnados.

Y volvió en efecto. Marina le habría saltado de buena gana al cuello, pero se consideraba culpable con él, y una súbita timidez la contuvo.

—¿Ha venido alguien?—le preguntó él después de besarla la frente.

—Ha venido Emilia, pero no ha podido esperar: volverá el domingo.

—¡Que lástima!—exclamó él con impaciencia. ¿Sabes cuanto deseo verla, y no me has mandado llamar. Ni siquiera piensas en mí.

—Stach,—contestó ella con un acento en el cual se adivinaban las lágrimas;—yo te amo y pienso continuamente en tí.

## XLI

—Ya veis señores,—decía Zavilovski en casa de los Bigiel,—ya veis que he sabido hacer la visita que tanto deseabais. Al principio me miraban como si fuese una pantera ó un lobo, á pesar de que me portaba como si fuese un animal domesticado; no arañé á nadie y contesté á todas las preguntas como un ser racional cualquiera.

—No divague usted,—le dijo la señora Bigiel;—lo queremos saber todo de la cruz á la fecha.

—Con mucho gusto,—contestó Zavilovski.—Lo primero que hice fué, naturalmente, llegar frente á la verja que conduce á la quinta. Se me hizo entrar en el salón, donde se hallaban también la señora Masko y el señor Kopovski. Este es un verdadero Adonis; para su cabeza debería tener un estuche

de terciopelo por el estilo de los que se ven en las tiendas de joyería. Pero ¿quién es ese Kopovski?

—Una cabeza de ganado,—respondió Polaniecki,—y con esto está dicho todo.

—Ahora caigo en ciertas cosas y en ciertas observaciones que he oído. El señor Kopovski estaba en actitud, mientras la señora Osnovski y la señorita Castelli le hacían el retrato. Estas llevaban puestos largos delantales de percal sobre el vestido y parecían muy bonitas. La señora Osnovski parecía una aprendiz, mientras la señorita Castelli demostraba ya cierta práctica en el pintar.

—¿De qué se hablaba?

Zarlovski se volvió hacia Marina.

—Las señoras me pidieron en seguida noticias de usted, señora, y ya he tenido el inmenso placer de poderles asegurar que su salud era excelente. Después se habló de retratos. Yo sostuve que la señorita Castelli había hecho demasiado pequeña la cabeza de Kopovski; más lo señorita me contestó que no había sido ella quien la había hecho tan pequeña, sino la madre Naturaleza.

—Es una señorita de talento.

—Y lo dijo en alta voz. Todos los allí presentes se echaron á reír incluso el señor Kopovski, que debe ser un pobre diablo. Durante la conversación manifestó que no tenía su semblante acostumbrado porque había dormido mal, y que en aquel preciso momento se sentía con ganas de echarse en los brazos de Orfeo.

—¿De Orfeo?

—Así lo dijo, y el señor Osnovski le hizo notar, sin miramiento alguno, la equivocación que había

cometido. Las señoras, después de haberse divertido un rato á costas suyas, siguieron pintando. La señorita Castelli es más artista que *dilettante*, y el retrato que está pintando promete tener mucho parecido á pesar de la extremada belleza del original. Me contó que pinta con preferencia los retratos, que estudia todas las caras como si fueran otros tantos modelos, y que, cuando se le presenta una cabeza interesante, hasta de noche la sueña.

—Si es así, no tardará usted en aparecérsese en sueños y querrá hacer su retrato,—le hizo notar Marina.—¿No le ha hablado á usted de eso?

—No, á lo menos de una manera directa.

—¿Y el tomo de sus poesías de usted, se ha publicado ya?—le preguntó la señora Polaniecki.

—Hace ya mucho tiempo que habría visto la luz,—contestó Zavilovski,—si no hubiese añadido últimamente una nueva poesía, lo cual ha retardado la publicación.

—¿Y qué título lleva la nueva poesía?

—*El lirio*.

—Y ese lirio ¿quién es? ¿Lineta?

—No, señora, no es Lineta.

Marina se puso repentinamente seria. Adivinó en seguida que la poesía se refería á ella, y la idea de tener un secreto en común con Zavilovski, la produjo una impresión desagradable. Por vez primera comprendió la falsa posición en que hasta la esposa más honrada puede hallarse, cuando empieza á no ser indiferente á un hombre; y por vez primera experimentó un sordo enojo con Zavilovski, que con su nerviosidad de artista la había puesto en tan embarazosa situación.

apercibió de que su repugnancia en recorrerlo había aumentado, en vez de disminuir. Pensó de nuevo en el amor y en la bondad de Marina y se repitió que únicamente al lado de ella podía encontrar la paz y la felicidad.

Hizo preparar el coche para ir á la ciudad. Su cansancio había desaparecido por completo, y había reaparecido su buen humor, porque satisfecho de sí mismo había recobrado la confianza en sus fuerzas y en sus honrados sentimientos.

Desde que había llegado aquella carta invitando á Marina, había ido en aumento su desvío con respecto á la señora Masko, y ahora tenía la convicción de que la podría hablar con entera indiferencia.

—¿Y si la fuese á ver?—se preguntó,—¿no podría dar un significado diferente á sus palabras de ayer?

Estaba convencido de que la señora Masko no se extrañaría de su visita, porque después de lo que él había dicho el día anterior debería estar persuadida de que él buscaría un pretexto cualquiera para avistarse con ella.

Divisábase ya de lejos la quinta de la señora Kraslavski. En aquel momento, pensó Polaniecki, si hubiese ofendido ó hecho enojar á la señora Masko, ésta, para vengarse, habría podido dar á entender á Marina algo que le abriera los ojos.

—Si tuviera el valor de entrar,—se dijo, mientras el coche pasaba por frente á la puerta de la verja.

E instantáneamente le gritó al cochero:

—¡Para!

Había apercibido en la ventana á la señora Masko, la cual, empero, se habla retirado en seguida al interior de la habitación.

En la antesala se encontró con un criado.

—La señora está arriba,—dijo el criado.

Mientras subía la escalera, Polaniecki sintió que las piernas se negaban á llevarle y, al llegar á la puerta que el criado le había indicado, se detuvo un instante; más haciendo luego un esfuerzo sobre sí mismo, preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Adelante,—contestó una voz reprimida.

Pasó en efecto adelante, y se halló en el cuarto de vestir de la señora Masko.

—Vengo,—dijo, tendiéndola una mano,— para darle á usted las gracias por su invitación, y para excusarme. Tengo que ir á Varsovia.

La señora Masko estaba delante de él con la cabeza inclinada y los ojos bajos, visiblemente conmovida y angustiada.

Polaniecki que había recobrado toda su calma, lo notó, y antes de marcharse, díjola con estudiada naturalidad:

—¿Tiene usted miedo? ¿De qué?

L

Al día siguiente, Marina recibió de su marido un billete en el cual la decía que no la esperara, porque tenía que ir á visitar una finca que le habían ofrecido. Cuando por fin volvió al otro día, llevaba consigo á Svirski, que hacía tiempo ya quería visitar á sus amigos en su residencia veraniega.

—Mira,—dijo Polaniecki después de saludar á su esposa,—Bucinek, la quinta que he ido á ver, confina con Jasmien, que es la casa de campo del viejo Zaviłowski. Ya puedes comprender que he ido á verle en seguida, porque sabia que estaba algo enfermo, y allí encontré inopinadamente á Svirski, que me acompañó á mi visita á Bucinek. Esta finca nos ha gustado. Tiene un bonito jardín con su estanque, y hasta un poco de bosque. Antes Bucinek formaba parte de una vasta hacienda que fué vendida á trozos por su antiguo propietario.

—A mi modo de ver es una residencia buena y deliciosa,—observó Svirski;—cuando menos allí se encuentra mucha sombra, buenos aires y una tranquilidad infinita.

—¿Y quieres comprarla?—preguntó Marina á su esposo.

—Por ahora me contentaré probablemente con tomarla en arriendo. Pasaremos allí el resto del verano, y así podremos asegurarnos de si la residencia cumple todo lo que promete. El propietario lo asegura, y por eso ha consentido en el arriendo, y yo le habría dado señal, si no hubiese tenido intención de pedirte tu parecer.

Aún cuando á Marina le sabía mal tener que separarse de la familia Bigiel, dijo en seguida que se conformaba, comprendiendo que su marido deseaba pasar el resto del verano en casa propia.

Al principio Bigiel trató de disuadirle, pero Polaniecki le convenció de la oportunidad de esta especie de prueba, porque era justo que tratase de conocer á fondo un sitio que, una vez comprado, tenía que ser siempre su residencia de verano.

—Ahora que sois todos de mi opinión,—prosiguió Polaniecki,—mañana formalizaré el contrato de arrendamiento, haré llevar allí de Varsovia todo lo que se pueda necesitar, y pasado mañana nos instalaremos en la nueva habitación.

—Eso quiero decir,—observó la señora Bigiel,—que no ve usted el momento de separarse de nosotros. ¿Por qué tanta prisa?

—Ya sabe usted que en cuanto he resuelto una cosa, nada me desagrada tanto como tenerla que aplazar.

Al fin convinieron en hacer el traslado ocho días después. Pusiéronse pues á la mesa, y, durante la comida, Svirski contó el por qué Polaniecki le había encontrado en Jasmien, en casa del viejo Zaviłowski.

—La señorita Elena me pidió si quería hacerle el retrato de su padre, expresando, empero, el deseo de que yo me trasladara á su quinta. Como el viejo tiene una cabeza muy interesante, acepté sin hacerme de rogar, y pasé en seguida á Jasmien. Nada, empero, se pudo hacer. El viejo tuvo un ataque de gota, y el médico me manifestó en confianza que el estado del enfermo era grave y no podía saber cuando se restablecería.

—Lo siento muchísimo,—dijo Marina:—el señor Zaviłowski es una persona excelente y distinguida. La señorita Elena es digna de lástima, porque, después de muerto su padre, quedará sola en el mundo. ¿Conoce el viejo la gravedad de su estado?

—No lo creo; es un tipo raro y de él nada se puede sacar en claro. Ahora se interesa mucho

hasta aquí; más al pasar he apercibido á la señora asomada á la ventana, y entonces, sin detenerme á pensarlo, la he robado, y hemos venido aquí, he despedido al coche, en la seguridad de que vosotros me acomñaréis con el vuestro.

La señora Masko, después de haberse quitado el sombrero, afirmó que realmente el señor Plavicki la había robado, porque ella estaba empeñada en quedarse en casa á esperar la vuelta de su marido. El padre de Marina la dijo, como si quisiera tranquilizarla:

—Su marido de usted no llevará á mal este paseo á solas conmigo. Aquí no estamos en la ciudad, donde la gente hace mucho caso de cualquier tontería, sino en el campo, donde no se tiene la obligación de observar una rígida disciplina. Por esto es que yo prefiero el campo.

—Si usted prefiere el campo, ¿por qué pasa usted el verano en la ciudad?—le preguntó Bigiel,

—Yo quería ir á Karlsbad, pero...

E interrumpióse de pronto, mirando en torno suyo, como si quisiera dar á entender que no podía continuar por estar presentes las señoras, pues en aquel *pero*, había de por medio la pequeña zarpa de una mujer. Poco después, continuó:

—¿Merece esta vida mía que se la prolongue por unos cuantos años? ¡por lo que me queda!...

—Eso es,—exclamó con tono jovial Marina:—si papá no quiere prolongar su vida yendo á Karlsbad, vendrá á nuestra casa á beber agua del pozo de Bucinek.

—¿Qué Bucinek es ese?—preguntó Plavicki con marcada curiosidad.

—¡Ah! es verdad. Hay que darle á conocer la *grande nouvelle*,—repuso la señora Polaniecki.

Y le refirió á su padre todo lo relativo á su nueva residencia de verano.

La señora Masko miró llena de asombro á Polaniecki, y le preguntó:

—¿De veras quiere usted abandonarnos?

—De veras,—contestó éste.

—¡Ah!...—murmuró.

Y fijó de nuevo en Polaniecki una mirada interrogadora, como si le preguntara qué significaba aquella resolución que no acertaba á comprender; pero, habiendo observado que él no paraba la atención en ella, entabló con Marina un diálogo sobre cosas indiferentes.

Nadie, á escepción de Polaniecki, se apercibió del desastroso efecto que había causado en la señora Masko la noticia del traslado á Bucinek. Ni por un instante le cupo duda á ésta de que ella era la verdadera causa de esta repentina decisión, y su semblante, habitualmente frío, pasó á ser glacial. Sintióse dominada por un sentimiento de profunda humillación y de cólera al mismo tiempo, por la manera de obrar de Polaniecki. Estanislao no debiera haber hecho esto, aun cuando no fuera más que por el miramiento que todo hombre de cierta posición social debe tener siempre con una señora. Esta falta de respeto era lo que la afligía, aún más que la partida de Polaniecki.

Generalmente, las mujeres que menos derecho tienen á ser respetadas, son las que pretenden que

se las tenga mayor respeto, porque tienen absoluta necesidad de él, para engañarse á sí mismas.

Por fin la señora Masko trató de persuadirse de que la cosa no era quizás tal como ella se la imaginaba, y que tal vez un coloquio ó una simple palabra de esplicación habrían vuelto á poner las cosas en su lugar.

En la persuasión de que Polaniecki sintiera la necesidad de hablarle, se decidió á proporcionarle la ocasión; á cuyo efecto cuando, después del té, se levantó para marcharse, dijo, fijando en él una mirada:

—Ahora si que he de rogar á uno de esos señores que me acompañe.

Polaniecki se levantó con aire displicente: sus ojos parecían querer decirle:

—Si quiere usted saber la verdad, estoy dispuesto á manifestársela.

Pero la señora Bigiel debía desbaratar todos sus planes, pues después de haber mirado la luna que brillaba radiante en el cielo, dijo:

—Es tan hermosa la noche, que la acompañaremos todos.

Así se hizo. El señor Plavicki, que aquella noche se consideraba obligado á ser el caballero de la señora Masko, la ofreció el brazo con estudiada galantería, y durante todo el camino estuvo entretenido en animada conversación con ella, de manera que á Polaniecki, que daba el brazo á la señora Bigiel, no pudo hacer ella más que darle las buenas noches una vez llegados frente á su quinta.

En el apretón de manos que acompañó el saludo,

expresábase, sin embargo, todo lo que ella le quería preguntar.

## LI

—¿Por qué no se viste usted como el señor Kopovski, mi querido señor Ignacio?—le preguntaba la señora Bronicz al poeta.—Se comprende que Lineta aprecie más sus poesías de usted que todos los trajes de este mundo, pero no puede usted imaginarse el buen gusto estético que tiene la niña. La pobrecita se me acercó ayer y me preguntó: «Tía, ¿cómo es que Ignacio no lleva un traje blanco? ¡Le sentaría tan bien!» Mándese usted hacer uno; ella se lo agradecerá mucho. En Sceveningen todos los caballeros, después de comer, llevan traje blanco, y á Lineta le disgustaría no poderle considerar como perteneciente á aquella sociedad. Espero que no me tendrá usted ojeriza si le expongo las ideas de mi querida sobrina.

—Al contrario, se lo agradezco mucho.

—¡Qué bueno es usted! Algo más tenía que decirle... ¡Ah, sí!... Tiene usted que comprar también una bonita cartera de viaje de piel amarilla. En el extranjero sólo se juzga por las apariencias. Ayer vimos la del señor Kopovski... ¡es magnífica! Si quiere usted creerme, compre una como aquella. Dispénsese usted si me meto en estas cosas; pero, ¿sabe usted? yo conozco á las mujeres en general y á Lineta en particular. De ella se puede lograr todo si se la contenta en las pequeñeces. Ya sabe usted que ella ha rechazado príncipes, y sin embargo su elección ha recaído en usted. Por esto tiene usted